

COLONIALIDAD Y GEOGRAFÍA URBANA: MOLDEANDO CIUDADES DESDE EL PODER.

Antonia María Fernández García.
Universidad de Jaén
anfernan@ujaen.es

RESUMEN

Existe una relación entre la colonialidad y la geografía urbana que se manifiesta en la forma en que las ciudades han sido diseñadas, construidas y vividas. La colonialidad entendida no sólo como el periodo histórico de dominio colonial, sino como un patrón de poder que pervive más allá de las independencias formales, sigue ejerciendo una influencia determinante en la estructura espacial y social de los entornos urbanos,. Como señala Quijano (1992), la colonialidad es *uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista. Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder.* Esta clasificación y jerarquización se traduce directamente en la organización espacial de las ciudades.

Las ciudades coloniales fueron concebidas como instrumentos para la consolidación del poder metropolitano, la extracción de recursos y el control de las poblaciones. Su diseño respondía a lógicas imperiales, priorizando la racionalidad de la administración y la defensa, así como la segregación espacial. Los trazados reticulares, comunes a muchas ciudades coloniales, no sólo facilitaban la vigilancia, sino que también reflejaban un ordenamiento jerárquico. En este sentido, Frantz Fanos, en *Los condenados de la tierra* (1961), describe la ciudad colonial como una *ciudad del colono y ciudad del indígena*. La ciudad del colono, *una ciudad sólida, toda de piedra y de hierro*, se opone a la ciudad del indígena, *una ciudad de rodillas, una ciudad acurrucada*. Esta dicotomía espacial es una manifestación tangible de la colonialidad del poder y del ser.

Entendida como la persistencia de patrones de poder y dominación propios del colonialismo, juega un papel crucial en la configuración de la segregación urbana. La división espacial de las ciudades durante el período colonial, donde los grupos dominantes se ubicaban en áreas privilegiadas y los colonizados en zonas marginalizadas, ha dejado una huella duradera. Esta división se ha mantenido y transformado en el tiempo, a menudo reforzada por políticas urbanas y prácticas discriminatorias que perpetúan la desigualdad.

La segregación, impuesta o autoimpuesta, ha sido una característica definitoria de la geografía urbana colonial y poscolonial. Barrios enteros fueron y siguen siendo relegados a la periferia, carentes de servicios básicos e infraestructuras adecuadas, reproduciendo patrones de exclusión. Milton Santos argumenta que *la ciudad es el lugar de la reproducción de la sociedad, y por lo tanto, también de sus contradicciones* (Santos, M., 1996). Las contradicciones coloniales se inscriben en el tejido urbano, perpetuando desigualdades económicas, sociales y raciales. La segregación social del espacio urbano da lugar a la distribución desigual de grupos sociales en una ciudad, donde la separación espacial se basa en factores como la clase social, la raza y la etnia, a menudo con raíces en estructuras coloniales. Esta segregación no solo implica la separación física, sino también la desigualdad en acceso a recursos, oportunidades y servicios, perpetuando dinámicas de poder y exclusión.

Estas situaciones dan lugar a injusticias espaciales, que según Soja (2010) presentan un carácter multiescalar. En las que denomina *geografías exógenas*, de escala global, la organización política es

la principal generadora de injusticias espaciales, en este sentido, todos los procesos de colonización han generado, a través de la valoración de *los otros* como inferiores, una compleja organización social y espacial destinada a reproducir las diferencias y las desigualdades económicas, de clase, raciales y étnicas. En cuanto a lo que Soja denomina como *mesogeografía*, o escalas regionales, para la producción de las injusticias espaciales, se debe pasar por la creación de geografías del desarrollo desigual, producto del funcionamiento capitalista y enraizado en las estructuras coloniales y poscoloniales, expresadas en las diferencias norte-sur, a nivel global y en fuertes diferencias interregionales a nivel de los estado-nación.

Dentro de las *geografías endógenas*, hay miles de mecanismos productores de injusticia espacial. Por ejemplo, la discriminación geográfica que nace de los marcos jurídicos o de los planes de inversión urbana contribuyen a erosionar la capacidad de diversos grupos sociales para acceder a los derechos básicos. Si bien Soja se centra en la discusión sobre la discriminación racial o étnica, no podemos olvidar que las dimensiones privilegiadas se combinan con una gran discriminación socioeconómica. Su análisis busca comprender cómo estas geografías son construidas y experimentadas, y cómo pueden ser transformadas a través de luchas por la justicia espacial. Para Soja (2010), la justicia espacial no es algo diferente a la justicia social; por el contrario, la justicia tiene las mismas características ontológicas de la vida humana: historicidad, socialidad y espacialidad. La diferencia en esta forma de ver la justicia radica en el acento puesto en la espacialidad como productor y producción de la justicia, sin atenuar su carácter social e histórico.

Después de la descolonización muchos de los principios y estructuras impuestas durante el periodo colonial persistieron. El urbanismo actual en muchos países poscoloniales a menudo ha reproducido modelos eurocéntricos o nortocéntricos, sin considerar las especificaciones culturales, sociales y ambientales locales. Esto ha llevado a la marginalización de saberes y prácticas urbanas propias reforzando la colonialidad del saber. Arturo Escobar (1995), al hablar de los *diseños de conocimiento* occidentales, sugiere que éstos *han tendido a operar con una visión unitaria del mundo y a subsumir la diversidad en categorías universales*. Esta universalización a menudo ignora las realidades locales y reproduce patrones de dependencia.

La economía globalizada y las dinámicas neoliberales también han contribuido a la profundización de estas desigualdades urbanas, generando nuevas formas de dependencia y explotación que se superponen a las estructuras coloniales preexistentes. Los proyectos de desarrollo urbano, a menudo impulsados por actores externos, pueden agudizar el proceso de gentrificación, el desplazamiento de poblaciones vulnerables y la mercantilización del espacio urbano, lo que algunos autores, como David Harvey, Saskia Sassen, Aníbal Quijano o Walter Mignolo, entre otros, denominan *neocolonialismo urbano*. Situación que da lugar a la continuación de patrones de dominación y explotación económica, política y cultural, especialmente en áreas urbanas, similares a los del colonialismo, pero a través de medios indirectos y sutiles, que no implican la ocupación territorial directa, sino más bien el control a través de mecanismos económicos, financieros, políticos y culturales. Se manifiesta a través de la influencia de potencias extranjeras o corporaciones internacionales en las decisiones urbanas, la economía local y la cultura, perpetuando desigualdades y dependencias, que afectan negativamente a las poblaciones locales. La geografía humana estudia estos procesos para comprender cómo el poder y la desigualdad se manifiestan en el espacio urbano.

La descolonización urbana implica desafiar las estructuras coloniales presentes en el diseño, planificación y gestión de las ciudades, buscando la restitución de territorios y la autonomía de los pueblos indígenas y comunidades locales. Este proceso se enfrenta a retos como la perpetuación de desigualdades socio-espaciales, la resistencia de poderes fácticos y la necesidad de construir narrativas alternativas sobre el habitar urbano. Las perspectivas descolonialistas proponen la participación comunitaria, la revitalización de saberes ancestrales y la creación de espacios urbanos más justos, diversos y resilientes.

Comprender la colonialidad desde la geografía urbana nos lleva a tratar los desafíos actuales de desigualdad, exclusión y sostenibilidad en las ciudades. Implica un esfuerzo por dismantelar las estructuras de poder heredadas y construir ciudades más equitativas, justas y adaptadas a las necesidades de sus habitantes. Esto lleva consigo una revisión crítica de las narrativas dominantes sobre el desarrollo urbano y la promoción de enfoques que valoren los conocimientos locales y las prácticas comunitarias.

Como concluye Walter D. Mignolo, *la descolonialidad es una opción epistémica que apunta a la liberación de las lógicas de la modernidad/colonialidad* (Mignolo, W., 2008). En el ámbito urbano, esto se traduce en la búsqueda de modelos de planificación y gestión que permitan a las comunidades reclamar el control sobre su entorno, superando las heridas del pasado y construyendo un futuro urbano más justo y emancipador.

De esta forma, con este trabajo se pretende explorar cómo la colonialidad, entendida como un patrón de poder persistente incluso después de la descolonización, ha moldeado la geografía urbana, especialmente en América Latina. Se analiza cómo las estructuras coloniales, como la jerarquización racial y la división del trabajo, se han perpetuado en el espacio urbano, generando desigualdades y segregación. La noción de colonialidad del poder, desarrollada por Anibal Quijano, es central en este análisis, destacando cómo el control sobre el territorio, los recursos y la fuerza laboral se ha mantenido y reproducido a través de la lógica colonial.

El trabajo argumenta que la geografía urbana no es neutral, sino que refleja y reproduce relaciones de poder, especialmente aquellas arraigadas en la colonialidad. Se examina cómo la distribución espacial de la población, la ubicación de infraestructuras y la planificación urbana han contribuido a la segregación y la marginalización de ciertos grupos, perpetuando desigualdades heredadas del colonialismo y fomentando injusticias sociales y espaciales.

El trabajo busca demostrar cómo las dinámicas coloniales siguen influyendo en la forma en que se organizan y se experimentan las ciudades, y cómo esta influencia se manifiesta en la distribución desigual del espacio y los recursos.